



IV

EL PENSAMIENTO DE LOS HUMANISTAS

1. *El “héroe virgiliano”*

A los humanistas debemos los más originales y mejor escritos ensayos sobre Hidalgo. Uno de ellos, Alfonso Reyes, ha encontrado en la figura del iniciador de nuestra Independencia el encanto de un “héroe virgiliano”.

Es que hasta hoy, explica nuestro gran humanista, “las únicas aguas que nos han bañado son —derivadas y matizadas de español hasta donde quiera la historia— las aguas latinas”. “El espíritu mexicano está en el color que el agua latina, tal como ella llegó ya hasta nosotros, adquirió aquí, en nuestra casa, al correr durante tres siglos lamiendo las arcillas rojas de nuestro suelo.”

Del hermoso *Discurso por Virgilio*¹²⁰ se desprende que Hidalgo surgió de estas aguas latinas, brotó del verso

¹²⁰ Alfonso Reyes, *Discurso por Virgilio*. Homenaje de México al poeta Virgilio en el segundo milenario de su nacimiento. México, MCMXXXI, pp. 385-410.

virgiliano. La lectura de Virgilio durante la Colonia fermentó la noción de patria, cultivó el espíritu nacional. La razón está en que Virgilio parece, “siempre y para los hombres de todas las tierras, una voz de la patria”. En él se aprende que las “patrias se fundan con duelos y naufragios, y a veces desoyendo el llanto de Dido y pisando el propio corazón”. “El sentimiento nacional, que todavía en Homero es un esquema o boceto”, comienza en Virgilio “por ceñir los contornos y las colinas del paisaje; es una relación precisa entre un estado de alma y una visión de los ojos, entre una onda de calor ideal y un dato de los sentidos. Pero al paso que esto sucede, el sentimiento nacional de Virgilio se va robusteciendo hasta que, por su concentración, se emancipa; abandona el modesto signo local que le dió pábulo, vuela y se torna abstracto, se hace idea como lo es ya para la mente moderna, y entonces se vuelve transportable: así las mismas divinidades de Troya que Eneas escondió bajo su manto para salvarlas de la catástrofe, yendo a sembrarlas otra vez en la tierra de sus providenciales naufragios.” “La lectura de Virgilio es fermento para la noción de la patria, y a la vez que modela su ancho contorno, lo llena con el contenido de las ciudades y los campos, la guerra y la agricultura, las dulzuras de la vida privada y los generosos entusiasmos de la plaza pública, dando así una fuerte arquitectura interior al que se ha educado en esta poesía.”

La figura de Hidalgo parece pues surgida de estas aguas latinas. Todos los contornos de su arquitectura interior son los de un héroe virgiliano. El espíritu de Virgilio se ve latir entre las más vivaces inquietudes de su vida e

iluminar el marco de su obra. “Sabido es que era un hombre de letras, traductor del teatro clásico francés, y hasta él llegaban los soplos del espíritu jacobino que pasaba por el mundo. Sus enemigos lo llamaban el ‘afrancesado’, lo que en aquel tiempo equivalía más o menos a lo que hoy sería llamarle el avanzado, el izquierdista, el hombre de nueva sensibilidad. Estaba al tanto de las conmociones de Europa, y Abad y Queipo, escandalizado, encontró un día sobre su mesa de escritor unos cuantos libros peligrosos, de esos que nos traían las corruptoras novedades del viejo Continente. Pero ¿acaso los pastores de las *Bucólicas* no eran también gente de letras, y entre sus sencillas alusiones a las cosas del campo, Dametas y Menalcas no mezclan el nombre del letrado Polión, amigo de las novedades, y la mención satírica de los malos poetas pasatistas Bavio y Moevio?”

Hidalgo era un “filósofo aldeano”, un “estudioso lleno de curiosidades intelectuales”, un “conversador y amante de tertulias”. Pero era también un hombre de “espíritu de empresa” y de “habilidades manuales”, de esas que “parecen la prenda de un alma sana en un cuerpo sano”. Cuando concibió sus “bellos proyectos de agricultor”, o sea los de implantar en México el cultivo del vino y la seda, Hidalgo no hacía otra cosa que poner en juego su espíritu virgiliano, no hacía sino glosar, con elementos de una realidad más inmediata y apremiante, las *Geórgicas* de Virgilio y adherir sus inquietudes y las del pueblo mexicano al reino del gran latino.

“Así sucede que al Padre de la Patria lo mismo podemos imaginarlo con el arado que con la espada, igual que

a los héroes de Virgilio. No nos engañe su dulzura: un fuego interior lo va consumiendo, que pronto habrá de incendiar la comarca entera. La historia, en una sonrisa, ha querido poner, en lo más sagrado de nuestro culto nacional, la imagen del hombre más simpático, más ágil de acción y de pensamiento, amigo de los buenos libros y de los buenos veduños, valiente y galante, poeta y agricultor, sencillo vecino para todos los días y héroe incomparable a la hora de las batallas. A través de los amplios párrafos de Ignacio Ramírez, donde nuestra admiración infantil empezó a conocerlo, lo vemos pasear entre 'las vides que le sonreían desde los collados', o las moreras donde los bómbrices 'le donaban sus regias vestiduras', o ya se nos aparece, en el episodio de oro de nuestra *Eneida* mexicana, congregando a la media noche y a toque de campana a sus feligreses, que acuden armados con hachas y con picos, y precipitando —ante el aviso providencial de una ilustre dama prisionera— la hazaña que había de llevarlo a la muerte y a la gloria.

“Este maridaje virgiliano de agricultura y de poesía ¿no fue acaso el sueño de Hidalgo, el sueño del Padre de la Patria? No lo hemos realizado aún. Pero hoy, al procurar para el pueblo el vino de la justicia y la seda del bienestar, ya vamos luchando en lo posible para que esta tierra sea más grata a los hombres. Ciertamente, no podemos descansar aún, como aún no descansa Hidalgo. Hidalgo tiene todavía mucho que hacer entre nosotros. Hidalgo no se ha quitado todavía las botas de campaña.”¹²¹

121 Alfonso Reyes, *Discurso* pronunciado el 8 de mayo de 1939 en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. “El Heraldo Michoacano”. Morelia, Mich., 10 de mayo, 1939.

2. *El reformador intelectual*

Otro de nuestros grandes humanistas, don Gabriel Méndez Plancarte, en su ensayo sobre *Hidalgo, reformador intelectual*,¹²² hace por primera vez un estudio profundo de la *Disertación sobre el verdadero método para estudiar Teología Escolástica*, y nos descubre de este modo los quilates de gran intelectual que había en el iniciador de nuestra revolución de Independencia.

Hidalgo, nos dice Méndez Plancarte en este ensayo, “no es el monstruo fabuloso de los edictos, bandos y demás papeles que esparcieron por todas partes” los enemigos de la Independencia. No es tampoco “el anciano venerable de la leyenda creada por oradores del 16 de septiembre”. Hasta hoy nuestros historiadores se han ocupado de “exaltar” o de “denigrar” al iniciador de nuestra Independencia, “descuidando por completo la investigación serena de sus antecedentes psicológicos, de su formación literaria y de su labor intelectual” desarrollada como profesor y como rector del Colegio de San Nicolás. Es menester estudiar a Hidalgo sin “calumniarlo” ni “enaltecerlo”, sin la “risa” y el “llanto”, sin “estéril odio” y “retóricas y ampulosas frases”. Sino sólo con la “inteligencia”, “fina arma luminosa y aguda, capaz de penetrar y esclarecer el enigma”.¹²³

Los historiadores Alamán, José M. de la Fuente, Francisco Banegas Galván, Mariano Cuevas y Jesús García Gu-

122 Gabriel Méndez Plancarte, *Hidalgo, reformador intelectual*. Ediciones “Letras de México”. México, 1945.

123 *Id.*, p. 8.

tiérrez reconocen que Hidalgo se distinguió en los estudios que hizo en el Colegio de San Nicolás, que “dió con mucho lustre cursos de filosofía y teología”, que era hombre de “letras y extenso saber”, y todos ellos, con excepción de Alamán, hablan de una *Disertación sobre el verdadero método de estudiar Teología Escolástica* escrita por Hidalgo en latín y en castellano siendo aún colegial. Este escrito se halla comprobado por dos documentos: primero, por sus *Cortos literarios ejercicios*, en donde el propio Hidalgo afirma haber hecho “dos disertaciones sobre el verdadero método de estudiar Teología Escolástica”; y, segundo, por la carta que el deán de la catedral, Joseph Pérez Calama, envió a Hidalgo felicitándolo por sus dos disertaciones y adjudicándole las “doce medallas de plata” que había ofrecido como premio. Es, pues, ya tiempo, exclama el autor del ensayo, “de hacer un estudio acerca del contenido de esa *Disertación*, que puede quizá darnos alguna luz sobre las ideas que, desde su juventud, agitaron la mente de Hidalgo y fueron —si bien remotamente —preparándolo para la magna empresa libertadora”. De esta *Disertación* sólo conocemos la castellana, pues la latina no sabemos a dónde ha ido a parar. La *Disertación* fue escrita toda de corrido, pero puede fácilmente dividirse en un prólogo y tres capítulos.

Hidalgo dice en el prólogo, invocando a Tulio y a Graveson, que es una “perversa obstinación mantenerse con bellotas después de descubiertas las frutas”. Los teólogos, “entretenidos en la discusión de unas cuestiones secas, inútiles y que jamás pueden saciar el entendimiento”, no hacen sino “comer bellotas”, en lugar de comer unas

“frutas tan deliciosas como las que se nos han franqueado del siglo pasado a esta parte”. A esto se debe que la Teología esté “obscurecida y reducida a una Dialéctica contenciosa”. Pero gracias al descubrimiento de esos frutos tan deliciosos, la “Teología verdadera” ha comenzado a “brillar nuevamente”, hallándose ya en “pacífica posesión” en las más “celebres universidades del orbe”. Hay por tanto que olvidar “aquellas escolásticas sutilezas” que sólo servían para “pervertir el buen gusto y perder el tiempo”, introduciendo un “nuevo modo de tratar las cuestiones” con arreglo a las “Sagradas Letras, a la Tradición y a la doctrina de los Padres, amenizándolas con la Historia y adornándolas con todo género de erudición”. Desde el primer párrafo del prólogo con que abre Hidalgo su *Disertación*, comenta Méndez Plancarte, “sentimos soplar vientos de fronda que pugnan por barrer toda niebla de rutinas; adivinamos que en aquel joven de 31 años . . . vibra un alma belicosa y ardiente, dueña de sí misma y dispuesta a romper lanzas en defensa de sus ideales . . . Y es un alma optimista, no vuelta hacia el pasado, sino fervorosamente tendida al porvenir.”¹²⁴

El primer capítulo trata de la Teología Escolástica. Influidó por el Barbadiño del Abate Verney, Hidalgo dice que ésta puede tomarse en dos sentidos. El primero es como “Teología metódica, acomodada al uso de la Escuela, con argumentos y respuestas por el modo dialéctico”. El segundo como Teología fundada en las “formas substanciales y accidentales de Aristóteles”, introduciendo mil cuestiones inútiles. “no tratando sino una u otra cuestión

124 *Id.*, p. 21.

de Dogma” y empleando todo el tiempo en “sofismas y metafísicas”. Esta es la Escolástica común condenada por “todos los mejores teólogos” y que los “Concilios y los Papas procuraron exterminarla y dejarla sepultada en sus mismas cunas”. En corroboración de que esta escolástica es inútil, Hidalgo cita a Melchor Cano, al Cardenal Aguirre, Gotti, Petavio, Serry, Graveson, Habert, Tournely, Salmerón, Natal Argonese y otros muchos “Teólogos de primer orden”. Lo que Hidalgo quiere al hacer esta doble distinción, comenta Méndez Plancarte, es que “se conserve de la Escolástica” no el “contenido filosófico-teológico doctrinal, sino sólo la corteza: el método didáctico, la forma dialéctica”. De esta suerte, al rechazar las “formas substanciales y accidentales de Aristóteles”, Hidalgo se “alinea abiertamente entre los *modernos* en aquella lucha que diez años antes había formalmente abierto, en la Nueva España, el filipense Doctor Don Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, al publicar, en 1774, sus *Elementa Recentioris Philosophiae*”.¹²⁵

El segundo capítulo trata de la “Teología Positiva” y sus ciencias auxiliares. La Teología, dice Hidalgo, es “una ciencia que nos muestra lo que es Dios en sí, explicando su naturaleza y sus atributos; y lo que es en cuanto a nosotros, explicando todo lo que hizo por nuestro respeto y para conducirnos a la bienaventuranza”. Después de esta definición, “que sería interesante averiguar de dónde la tomó”, Hidalgo expone la necesidad del estudio de las “dos fuentes de la Revelación: la Biblia y la Tradición divino-apostólica, así como de sus auxiliares: la Historia, la

125 *Id.*, p. 27.

Cronología y Geografía y la Crítica”. Luego presenta Hidalgo, en favor del estudio de la Teología Positiva, un argumento “semejante al que hacen los Polémicos contra los Ateístas”, y en el que Méndez Plancarte parece “percibir un eco bastante claro” del famoso *pari* o “apuesta” de Pascal.

El tercer capítulo es más bien una “digresión o aplicación práctica que hace Hidalgo de las ideas anteriormente expuestas, criticando la obra teológica que entonces servía de texto en el Colegio de San Nicolás: el *Clypeus Theologiae Thomisticae* del dominico francés P. Juan Bautista Gonet”, y proponiendo que se le sustituya por otro autor más moderno y de orientación más positiva como Gotti o Berti.

Después de analizar el contenido de la *Disertación*, Méndez Plancarte pasa a considerar el “último significado” y la “relativa importancia” que ella tiene en el “cuadro general de la historia de las ideas en México”. Según el autor del ensayo, la *Disertación* de Hidalgo debe considerarse como un “exponente no despreciable” de aquel profundo movimiento de renovación “filosófico-científico-literaria” que fue iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII por el grupo de humanistas jesuitas expulsados a Italia en 1767: Campoy, Castro, Alegre, Abad, Dávila, Parreño y Clavijero. Fruto de este movimiento fueron Guevara y Basoazábal, con sus *Institutiones Elementares Philosophiae*; Díaz de Gamarra, con sus *Elementa Recentioris Philosophiae*; y la obra científica de José Antonio Alzate y de su valioso grupo. A estos nombres ilustres, concluye Méndez Plancarte, “debemos hoy agregar

el del Bachiller Miguel Hidalgo y Costilla”, pues su *Disertación* es “la proyección, en el campo teológico, del mismo espíritu renovador y de idénticas tendencias fundamentales”. En el “soplo viril de libertad intelectual que inspiraba la *Disertación* del joven catedrático de San Nicolás”, se adivina un “presentimiento lejano de aquel gran viento tempestuoso, de aquel espíritu libertador que un viejo cura, veintiséis años más tarde, en la incierta alborada de un 16 de septiembre, haría vibrar desde las campanas de Dolores sobre el vasto corazón de la patria”.¹²⁶

Terminado el análisis del contenido de la *Disertación* hidalguista y señalada la importancia de ella en la historia de las ideas en nuestro país, el autor del ensayo plantea este “inquietante problema”: “¿hasta qué punto responde ese movimiento reformador verificado en el México del siglo XVIII al movimiento casi contemporáneo que se desarrolla en Europa, y particularmente en Francia, bajo el nombre de Ilustración? ¿Puede a nuestro movimiento calificársele de Ilustración mexicana, siquiera en el mismo sentido en que puede hablarse —con todas las restricciones y salvedades— de una Edad Media y de un Renacimiento mexicanos?”¹²⁷

Plancarte juzga que nuestra renovación filosófico-científico-literaria de la segunda mitad del XVIII —de la que es un índice sintomático la *Disertación* de Hidalgo— tiene indudables puntos de coincidencia y contacto con el espíritu de la Ilustración, como también los tiene de absoluta y esencial divergencia, pero que no existe en ella “con-

126 *Id.*, p. 57.

127 *Id.*, p. 50.

tagio alguno del espíritu antirreligioso y materialista de la Ilustración francesa. Tanto Clavijero y sus compañeros jesuitas, como Gamarra y Alzate, como don Miguel Hidalgo, permanecen graníticamente fieles a la ortodoxia católica, si bien se apartan de la filosofía escolástica en asuntos muy graves pero que ellos juzgan secundarios y libres desde el punto de vista dogmático.”¹²⁸

Hubo en Hidalgo, ciertamente, no leve “influencia intelectual francesa”,¹²⁹ pero ni las fuentes, ni los teólogos e historiadores que Hidalgo señala y cita en su *Disertación*, no obstante ser franceses y haber influido en su formación intelectual, pueden ser acusados de enciclopedistas en el sentido antirreligioso de la palabra.¹³⁰

Existen varios documentos que hablan de la copiosa literatura predilecta de Hidalgo, pero en ella no aparece “uno solo de los enciclopedistas antirreligiosos”. “Por lo que —concluye Méndez Plancarte— estimo que la apreciación de Urbina al afirmar que ‘Hidalgo era un hijo directo de los enciclopedistas, un admirador de los trágicos oradores de la Convención, un jacobino’, no pasa de ser literatura, y de la mala.”¹³¹

Muy a pesar de esta tendencia del doctor Méndez Plancarte de catolizar hasta el extremo el pensamiento de Hidalgo, negándole toda influencia o contagio de las ideas de la Ilustración y de la Enciclopedia francesas, su estudio ha venido a abrir nuevas perspectivas al conocimiento de la personalidad de Hidalgo. El mayor mérito de este es-

128 *Id.*, p. 51.

129 *Id.*, p. 53.

130 *Id.*, p. 54.

131 *Id.*, p. 57.

tudio está, a mi manera de entender, en haber puesto de manifiesto el auténtico valor intelectual de Hidalgo, hasta entonces descuidado por la mayor parte de nuestros historiadores, por no decir de todos. El análisis, tan profundo y erudito, que ha hecho sobre la *Disertación* hidalguista, demuestra que Hidalgo fue no sólo el iniciador de nuestro movimiento de Independencia, sino un intelectual, un teólogo, un filósofo y un humanista de primera línea. Creo que después de este estudio, Hidalgo merece que se le destine un sitio especial en la historia de las ideas en México.

Por otra parte, este estudio del doctor Méndez Plancarte es, sin temor a duda, la última palabra que se ha dicho hasta este momento sobre la *Disertación* hidalguista y sobre la personalidad intelectual de su autor. Por ello creemos que todo esfuerzo que en el futuro quiera superar este estudio, ya surja de las filas eclesiásticas o de las laicas, tiene necesariamente que partir de las conclusiones a que ha llegado el ilustre humanista zamorano en su *Hidalgo, reformador intelectual*.